



# Avicena, genio universal y filósofo errante

Hakim Mohammed Said y Ahmed Arua

El «Canon de la Medicina» es una serie de notas o apuntes sucintos, no demasiado largos a fin de que puedan ser memorizados por sus discípulos.

## El «Canon de la Medicina» Monumento del arte de curar

Hakim Mohammed Said

La medicina griega llegó al mundo islámico antes que la filosofía por intermedio de la escuela de medicina de Jundishapur. Ya en los tiempos del Profeta encontramos a Harith ibn Kalbah que había estudiado en la escuela nestoriana. Luego, en la época de los omeyas, un judío persa, Masarjawaih, tradujo al árabe las *Pandectas* de Ahrón, monje cristiano que vivió en Alejandría poco antes de la conquista árabe. Luego vinieron «Las características esenciales de las drogas simples» (*Jawahir al-Tibb al-mufrada*) de Mesue Padre y las traducciones que en la época de los abasidas hizo Hunain, quien pretendía haber traducido todas las obras de Galeno y de Hipócrates (incluso sus *Aforismos*) y algunos de los comentarios de Galeno sobre éste.

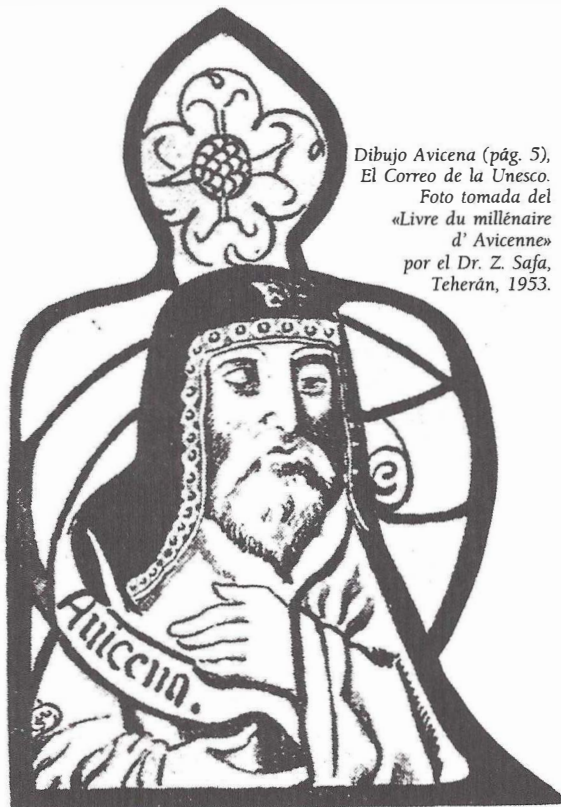
La «era de las traducciones» produjo algunas de gran importancia para la medicina. Al ibn-Sahl al-Tabari (que alcanzó la cima de su gloria en el año 850) escribió su «Paraíso de la sabiduría» (*Firdaws al-Hikmah*). Al igual que el *Canon* de Avicena, esta obra abarca en cierto modo la filosofía y otras disciplinas tales como la astronomía, pero sienta nuevas bases de la medicina en el sentido de que incluye no sólo las fuentes griegas de esta ciencia sino también las de origen indio.

Al-Tabari tuvo un sucesor, más grande aún, en la figura de al-Razi (865-923), conocido en Occidente con el nombre de Razés y considerado «el más grande y más original médico musulmán y uno de los autores más prolíficos». Su obra *al-Hawí*, a diferencia del *Canon*, no es de carácter teórico sino que consigna sus experiencias clínicas. Aunque versado en filosofía, al-Razi escribió preferentemente tratados de índole práctica, como *Las viruelas* y *el sarampión*, *Sobre el hecho de que ni siquiera los médicos expertos pueden curar todas las enfermedades* y *Sobre la razón de que la gente prefiera los curanderos y charlatanes a los médicos expertos*.

Existía pues toda una tradición de doctrina médica en el Islam cuando apareció el *Canon* de Avicena. El sentido literal de *Canon* (*Qanun*) es el

de regla o precepto. De ahí que Ibn Sina no concibiera su obra como una enciclopedia de los conocimientos de su época sino como un resumen del saber basado en el razonamiento y los principios de la lógica. Según un especialista en la materia, «numerosos pasajes del *Canon* muestran que se trata de una serie de notas o de apuntes sucintos, no demasiado largos a fin de que puedan ser memorizados por sus discípulos».

El *Canon* consta de cinco volúmenes. El *primero* trata de los principios generales: define la medicina y su campo de acción; se ocupa luego de la constitución humana, la naturaleza de los órganos, la edad y el sexo, naturaleza y variedad de los humores, origen de éstos, enfermedades de los órganos, los músculos, los nervios, las arterias y las venas; facultades y funciones; las enfermedades y su etiología; signos y síntomas; el pulso; la orina; dietas para las diferentes edades; medicina preventiva; cuidado de las anormalidades temperamentales; efectos del clima, y tratamiento.



Dibujo Avicena (pág. 5),  
El Correo de la Unesco.  
Foto tomada del  
«Livre du millénaire  
d' Avicenne»  
por el Dr. Z. Safa,  
Teherán, 1953.

El *segundo volumen* consta de dos partes. La primera trata de la manera de determinar la naturaleza de los remedios mediante la experimentación y los efectos. Se fijan en ella las condiciones para la investigación relativa a los medicamentos, tales como experimentos en el cuerpo humano, carácter constante de los remedios frente a las alteraciones extrínsecas e intrínsecas, experiencias de tipo alopático o sobre enfermedades simples, y determinación de si un medicamento es cualitativa y cuantitativamente apropiado a la naturaleza y la gravedad de la enfermedad, etc. Asimismo se describen los principios generales relativos a la acción de los remedios y a los métodos de acopio y preservación de diversos productos medicamentosos. En la segunda parte se enumeran alfabéticamente 760 fármacos.

El *tercer volumen* se ocupa de la etiología, síntomas, diagnóstico, prognosis y tratamiento sistemático de las enfermedades. En él se describen enfermedades de la cabeza, tales como conformaciones anormales del cerebro, cefalea, epilepsia, etc.; enfermedades de los ojos, la nariz, los oídos y la garganta; enfermedades de los sistemas digestivos y génito-urinario; enfermedades de los músculos, de las articulaciones y de los pies.

El *cuarto volumen* se refiere a las enfermedades generales. La primera parte trata de las fiebres y de su tratamiento y la segunda de forúnculos e hinchazones, lepra, cirugía menor, heridas y su tratamiento general, lesiones, úlceras e inflamaciones glandulares; la tercera de los venenos; y la cuarta del «cuidado de la belleza».

El *quinto volumen* es un *aqrabadhin*, palabra árabe que significa formulario. Notable predecesor de esta compilación es el formulario de al-Kindi. El de Ibn Sina contiene una descripción y prescripciones especiales y triacales, métodos para la preparación de píldoras, pesarios, supositorios, polvos, jarabes, cocciones, confecciones, elixires, etc.; prescripciones para diversas enfermedades; pesos y medidas.

El éxito del Canon fue inmenso. Traducido al latín por el italiano Gerardo de Cremona un siglo después de su aparición, gozó de tanta popularidad que en los treinta últimos años del siglo XV fue editado 16 veces y más de 20 en el siglo XVI. Todavía se imprimía y leía en la segunda mitad del siglo XVII y lo consultaban regularmente los facultativos. Hasta 1650 siguió siendo texto de estudio en las Universidades de Montpellier y de Lovaina. En Viena y en Franckfort del Oder el programa de estudios de medicina en el siglo XVI se basaba principalmente en el Canon y en el *Ad Almansorem* de Razi. El notable especialista en Ibn Sina, Soheil M. Afnan, refiriéndose a la popularidad del sabio persa, dice:

«A la traducción del Canon por el italiano Andrea Alpago (muerto en 1520) siguieron otras que se enseñaban en diversas universidades europeas, particularmente de Italia y de Francia».

Uno de los rasgos más notables del Canon es la amplitud y universalidad con que está concebido. Hoy día puede afirmarse que en el siglo VII se conocían en árabe los libros sobre medicina ayurvédica\* y que Salih ibn Duhn y Mankah fueron quienes transmitieron ese sistema tradicional durante el período de los abasidas. Por otra parte, algunas descripciones del Canon, como las que se refieren al pulso, recuerdan los procedimientos chinos.

Entre los principales aportes de Ibn Sina a la medicina figuran los relativos a la etiología. Basándose en uno de los principios aristotélicos, Ibn Sina afirmaba que sólo es posible conocer completamente algo si se tienen en cuenta la materia de que está hecho, la «causa eficiente» que lo conforma, la «causa formal» que determina su forma y su calidad y la «causa final» o función para la cual ha sido creado. Ibn Sina elabora una teoría en la cual el concepto de los elementos simboliza las cualidades de masa y energía al mismo tiempo y la interacción entre las cuatro causas anteriormente citadas. Así establece no sólo la unidad entre los órganos y las funciones del cuerpo sino además la adecuada relación espacio-temporal entre el organismo y el mundo exterior.



Foto © Jean-Loup Charmet, Paris. Museo de Artede, Filadelfia, EE.UU.

**Uno de los rasgos más notables del canon es la amplitud y universalidad con que está concebido.**

**Su tesis fundamental es la siguiente: el todo es mayor que la suma de sus partes, el hombre es un organismo dinámico y cada individuo tiene un temperamento único y propio. Su dinamismo no puede ser explicado por el análisis.**

Ahora bien, el cuerpo humano es material pero está vivificado por una fuerza vital que se origina en los humores del organismo. E Ibn Sina define la psique como la mente en un nivel cognoscitivo y como las emociones en el corazón, siendo aquella, por tanto, parte integrante del cuerpo.

Partiendo de este principio, los órganos internos comunican entre sí más allá de los límites anatómicos. La anatomía considera al corazón como un órgano perfectamente circunscrito, mientras que para Ibn Sina es la parte de aquella fuerza vital que se halla instalada en todo el cuerpo. Y si combinamos los conocimientos antiguos con los modernos, podríamos decir que los vasos arteriales con la sangre que por ellos circula y el sistema nervioso autónomo con el hipotálamo son un gran componente del corazón cuyas funciones se propagan al cuerpo entero.

Para Ibn Sina, la *nafs*, o alma, es la que, de acuerdo con la naturaleza del organismo, actúa como determinante definitivo o factor formativo de su crecimiento y actividad. Su tesis fundamental es la siguiente: el todo es mayor que la suma de sus partes, el hombre es un organismo dinámico y cada individuo tiene un temperamento único y propio. Su dinamismo no puede ser explicado por el análisis.

Basándose en estos conceptos, Ibn Sina desarrolla la teoría de que la enfermedad debe explicarse según la estructura genética de cada individuo, su constitución y conformación, la fuerza y las facultades que posee, los factores del medio ambiente,

y el esfuerzo mismo de la Naturaleza para restaurar o conservar sus funciones vitales.

Es en Aristóteles donde encontramos la concepción que Ibn Sina tenía de los elementos, según la cual el calor y el frío son dos tipos opuestos de energía y la sequedad y la humedad dos calidades opuestas de masa. He aquí como desarrolla Ibn Sina la tesis aristotélica: «La verdad es que los principios elementales que se encuentran detrás de todas las sustancias generales y corruptibles son energías primarias, activas o cinéticas, y se encuentran ya sean aisladas en el fuego, el aire, el agua y la tierra, ya unidas en un temperamento compuesto».

El Dr. Mazhar H. Shah observa que, según Ibn Sina, la organización de diversos objetos en la naturaleza es el resultado de una acción recíproca de las cuatro calidades de masa y energía, y que los cuatro elementos citados en el Canon son meramente símbolos empleados para comprender las diversas acciones y reacciones del organismo y de su medio ambiente en términos cualitativos.

Según la medicina ayurvédica existen tres temperamentos: Vata, Pitta y Kafa. También Hipócrates distinguía tres: el sanguíneo, el flemático y el melancólico. Galeno señalaba cuatro temperamentos: sanguíneo, bilioso, flemático y melancólico. Según Ibn Sina eran también cuatro: cálido y húmedo, cálido y seco, frío y húmedo y frío y seco.

Desde entonces se han formulado diversas hipótesis, entre ellas las muy conocidas de Eppinger y Hess (1917 y 1931, respectivamente) y la de Pavlov. Los primeros se limitaban a dos temperamentos, el simpaticotónico y el vagotónico, mientras que Pavlov sostenía la existencia de cuatro: activo, impetuoso, tranquilo y débil, clasificación que corresponde exactamente a la de Galeno.

Para Ibn Sina el «corazón» no es simplemente el corazón «estructural» descrito por los anatomistas sino el corazón «funcional» que, como centro de las emociones, de la regulación térmica, del sueño y del metabolismo del agua está situado en el prosencéfalo, parte del cerebro que en la filogenia de la especie es la primera en desarrollarse. La glándula pituitaria que sirve también para regular las funciones de esta región del cuerpo debe ser incluida igualmente en la noción de «corazón». En *De Viribus Cordis* (párrafo 172) dice Ibn Sina: «La base o comienzo de todas estas facultades puede rastrearse hasta el corazón, como reconocen incluso aquellos filósofos que creen que la fuente de las capacidades visual, auditiva y gustativa radica en el cerebro».

El Canon abunda en observaciones originales hechas por Ibn Sina a lo largo de su práctica médica, tales como la distinción entre la mediastinitis y la pleuresía, la índole contagiosa de la tisis, la contaminación de enfermedades por el agua y el suelo, las enfermedades y perversiones sexuales, las enfermedades nerviosas y la minuciosa descripción de las enfermedades de la piel. El capí-



Fig. 1

tulo sobre ingredientes médicos describe unos 760 medicamentos e Ibn Sina esboza algunos métodos farmacológicos. En el mismo capítulo se encuentra un pasaje sobre la experimentación que, según el especialista francés A.M. Goichon, establece ya los tres métodos —concordancia, diferencia y variaciones concomitantes— que suelen emplearse en la ciencia moderna.

El Canon sigue siendo más accesible que los trabajos de Hipócrates, aun cuando Arnaldo de Vilanova (1235-1312) califique a Ibn Sina de «escritorzuelo profesional» cuya errónea interpretación de la obra de Galeno asombró a los médicos europeos. El español Ibn Zuhr (Abenzoar) calificaba el Canon de «papel de desperdicio». Tales expresiones ofenden más a los críticos que al *Shajj al-Rais*, «el primero de los sabios». Porque, si éste pasmó a los médicos europeos, ¿por qué era estudiado en Europa, y por qué los eruditos europeos no hacían su propia interpretación de la obra de Galeno? Y tampoco es justa la afirmación del historiador de la ciencia George Sarton cuando dice de Avicena que «su triunfo fue demasiado grande: desalentó las investigaciones originales y esterilizó la vida intelectual», puesto que después de Ibn Sina hubo muchos médicos, cirujanos y científicos notables en el mundo islámico.

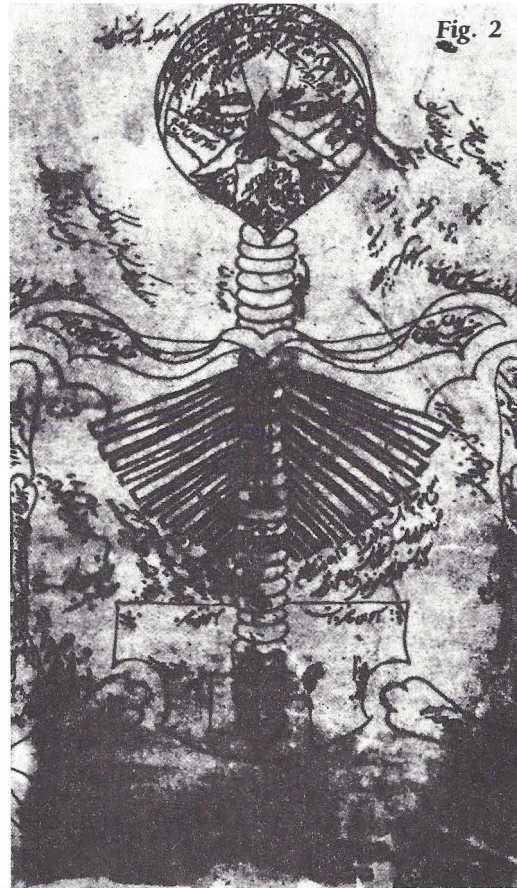


Fig. 2

Los dibujos de esta página y de la pág. de la izquierda, que representan el sistema nervioso (fig. 1), el esqueleto humano (fig. 2) y los músculos (fig. 3), proceden de un manuscrito persa del «Canon de la medicina», que data de 1632.

## Cuando el Dr. Avicena daba consejos prácticos

Ahmed Arua

Cuando estudiamos la personalidad y la obra de Avicena (Ibn Sina), observamos en ellas esa búsqueda constante del equilibrio y de la unidad que caracteriza a la cultura árabe islámica, en la que no hay ni puede haber contradicción entre el cuerpo y el espíritu, entre el individuo y la sociedad, entre la ciencia la fe, entre la naturaleza y el hombre.

Tal como se nos aparece en Avicena, la medicina ha dejado ya atrás las explicaciones mágicas, maléficas e irracionales que no sólo desfiguraban el arte de curar en la Antigüedad sino que se reproducen en las medicinas paralelas modernas. Con Avicena se inaugura la medicina como ciencia.

El gran facultativo dividía la medicina en *medicina teórica* y *medicina práctica*, que a su vez subdividía en *medicina curativa* y *medicina preventiva*. Consciente de la importancia de esta última, enumera Avicena como sigue las principales esferas en que habrá de aplicarse la higiene preventiva:

«Las reglas fundamentales de la prevención consisten en equilibrar las condiciones generales indispensables que se han enumerado; debe prestarse atención esencialmente a las esferas siguientes: higiene del temperamento (medio interior); elección de los ali-

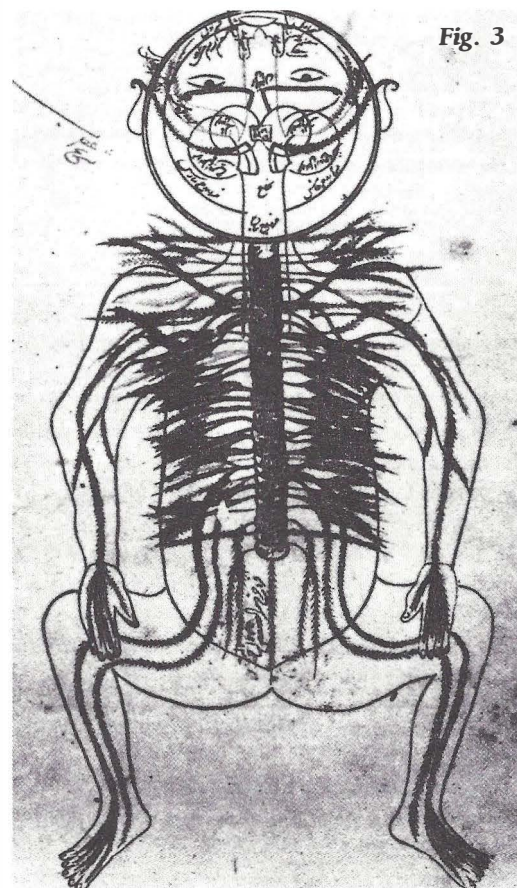


Fig. 3

**Las ideas expresadas por Avicena en materia de salubridad y de hábitat conservan aun hoy día una actualidad impresionante.**

mentos y las bebidas (higiene del medio ingerido); desinfección de las excreciones; higiene en las constitución (física); desinfección del medio inhalado (atmósfera); higiene de la indumentaria; higiene de la actividad corporal, e higiene de la actividad mental, incluidos el sueño y la vigilia.»

Llevado por su concepción a la vez dinámica y totalizadora de la higiene, Avicena considera ésta a través de las condiciones de edad, de temperamento personal, de constitución y de clima y a través de la dualidad psicosomática del individuo.

Consagra Avicena páginas de su Canon a la protección y a la salud del niño.

«En lo que toca al baño, el agua debe estar templada en verano, tibia en invierno. El mejor momento para el baño es el que sigue al sueño más largo. Puede renovarse el baño dos o tres veces al día...».

«En cuanto a la lactancia y a la alimentación del niño, en lo posible hay que darle la leche de su madre, por ser el alimento más próximo al que recibía en el útero... A tal punto que la experiencia demuestra que la lactancia en el seno materno es un factor importante de protección contra las afecciones».

Precursor en más de una materia médica, Avicena fue perfectamente consciente de la importancia de la cultura física, de la que hace un juicioso análisis en el Canon:

«La cultura física es el mejor medio para prevenir las enfermedades por retención, a condición de que sea mesurada. Así, activa el calor interno y habitúa al cuerpo a la flexibilidad, pues suscita un calor sutil que disuelve (o desintegra) las sustancias residuales a medida que se van acumulando».

«Los individuos que no practican la cultura física son a menudo víctimas de fiebres hécticas, ya que los órganos están debilitados por la falta de ejercicio y no reciben el soplo vital que es el instrumento de vida de cada órgano.»

Avicena concede también gran importancia a la higiene del sueño en relación con la actividad mental:

«Como el sueño es un fenómeno fisiológico de recuperación a la vez física y cerebral, conviene cumplir ciertas reglas como el tiempo necesario para el sueño pero también evitar los excesos, preferir el sueño nocturno a la siesta diurna, acostarse temprano y cuando la digestión está avanzada...»

Avicena expone también en el Canon la función del aire en el hombre y en su medio ambiente:

«En cuanto elemento, el aire no debe contener vapores ni humos anormales. Debe estar abierto al cielo, no confinado, a menos que el aire exterior sea malsano. El aire al descubierto es mejor. El aire salubre es un aire puro, limpio, no contaminado por los vapores que emanan de las ciénagas, de los valles, de las fosas, de las aguas usadas, de los huertos... de los vientos insalubres».

Avicena desarrolló ampliamente en el Canon el estudio de las estaciones y de los climas y su influencia en la salud del hombre. He aquí una rápida enumeración de las afecciones estacionales:

**Primavera.** «Cuando conserva sus características, es la estación más favorable. Sin embargo, se dan en ella una serie de afecciones: secuelas de las enfermedades invernales; perturbaciones de la vesícula; afecciones rinofaríngeas (difteria, garrotillo, etc.); bronquitis, hemoptisis. Esta estación es favorable para los niños.»

**Invierno.** «Favorable para la digestión, pero propicia también a las afecciones por sobrecarga. Las enfermedades invernales son esencialmente afecciones de la pituitaria. Son frecuentes los resfriados que a veces se complican con pleuresia y pulmonías, las laringitis, las afecciones de la garganta, las neuralgias costales y dorsales; las afecciones neurológicas, las cefaleas crónicas e incluso la apoplejía y los comas... Es una estación favorable para las personas de edad».

**Verano.** «El calor disuelve los humores y disminuye la actividad interna por exceso de degradación (alusión probable a la pérdida de agua, etc., resultante del exceso de calor). Disminuyen la sangre y la pituita, mientras que la bilis amarilla es excesiva. Son propias de esta estación: anemias por disminución de los elementos de la sangre; astenia; llagas infectadas y extensivas; enteritis; diarreas; ascitis; fiebres tercianas y de otro tipo; otitis y conjuntivitis; epidemias; viruela, sarampión, erupciones cutáneas. Es una estación favorable para las ancianas.»

**Otoño.** «Predispone a contraer numerosas enfermedades a causa de las variaciones bruscas de temperatura y del consumo excesivo de frutos y de alimentos malsanos. Favorable para los ancianos en sus comienzos y desfavorable al final. Son afecciones propias del otoño; sarna; fiebres mixtas, esplenomegalia; reumatismos, ciáticas; cistitis, uretritis; reumatismos, ciáticas; cistitis, uretritis; enteritis, lombrices intestinales. Desfavorable para las lesiones pulmonares tuberculosas que la estación puede revelar. El clima está ligado a la salud.»

Las ideas expresadas por Avicena en materia de salubridad y de hábitat conservan aun hoy día una actualidad impresionante, tanto más cuanto que los urbanistas modernos siguen topando con los mismos problemas, multiplicados y agravados.

«Las condiciones del hábitat y sus efectos sobre la salud corporal varían con la altitud, el relieve circundante, la proximidad de las montañas, la naturaleza del terreno que puede ser arcilloso o cenagoso o cubierto de humus, con su composición mineral, sus reservas de agua, la presencia de vegetación, la existencia de yacimientos minerales, la existencia de cementerios, etc.».

Digamos, por último, que resulta quizá inesperado encontrar en nuestro médico del Año Mil prescripciones de higiene tan precisas relativas a las operaciones, con mayor razón si se piensa que hasta el siglo XIX la medicina las tuvo muy poco en cuenta:

«El mayor cuidado que debe dirigir las intervenciones quirúrgicas consiste en prevenir la infección, pues sólo en ausencia de infección es posible tratar

*una herida. Si, en cambio, hay infección, contusión o anfractuosidad, se acumula en la herida una sangre que está predispuesta a infectarse y a supurar, haciendo imposible una intervención, hasta que sea tratada... Si la sangre se infecta en la llaga, hay que suprimirla a toda prisa.»*

• Ahmed Arua, argelino, es médico y poeta. Estos fragmentos del «Canon de la medicina» de Avicena y los comentarios que los acompañan están tomados de su libro «Hygiene et prévention médicale chez Ibnou Sina (Avicenne)», 1974.

### AVICENA Y EL JOVEN ENAMORADO

Esta miniatura del siglo XV, en que Avicena aparece a la cabecera de un joven noble enfermo, ilustra un suceso de la vida del gran sabio islámico que pone de manifiesto su comprensión diríamos moderna de la índole psicósomática de ciertas enfermedades. Un joven noble llevaba largos meses sufriendo de una gravísima y extraña enfermedad que las pociones y curas propuestas por los más ilustres médicos no lograban combatir. Desesperados, sus parientes

llamaron al más famoso médico del país. Cuando Avicena (pues de él se trataba) llegó a la casa del paciente, le examinó brevemente y pidió que le dejaran solo con él. Tomándole el pulso, dijo: «Hijo mío, hábleme de usted mismo, de su vida, sus relaciones con su familia, sus planes para el futuro». «Estoy muy enfermo y me quiero morir», se limitó a contestar el joven». No se desespere así, vivirá usted sin la menor duda», contestó Avicena.

«Dígame, ¿qué piensa de la mujeres?». Y, al sentir que el pulso del mancebo se aceleraba, continuó: «¿No se ha sentido nunca su corazón cautivado por la belleza de una mujer?». «No, no». «¿Por qué me dice que no a mí», dijo Avicena, «cuando todo su cuerpo grita que la respuesta es «sí»? ¿Cuál es el nombre de la joven?» Finalmente, tras un largo silencio, el muchacho balbució el nombre de su amada. El gran médico llamó a los padres y anunció solemnemente: «el paciente sufre de un mal incurable. Está enamorado y temía decirles el nombre de la mujer que había conquistado su corazón. Sólo hay una cura posible: el matrimonio». Unos días después, terminadas las fiestas nupciales, Avicena volvió a su casa, dejando a su paciente al cuidado de su esposa y totalmente recuperado de mente y cuerpo.

*Foto publicada por  
cortesía de Wellcome  
Trustees, Londres.*



Hacia los 18 años  
había asimilado  
todos los saberes  
de su tiempo en  
materia de  
teología, literatura,  
geometría,  
matemáticas, física  
y filosofía.



## AVICENA

### Hitos de una existencia inquieta

- En una aldea cercana a Bujara nació en el 980 (370 de la Hégira) Abú Ali al-Hosain ibn Abdallah Ibn Sina (Avicena), cuyo padre es prefecto de una aldea.
- Bajo la dirección de excelentes profesores, el joven Avicena amplía prodigiosamente sus conocimientos, hasta que su último preceptor le deja porque no puede enseñarle nada más.
- A los dieciséis años ya es un médico renombrado al que acuden gran número de enfermos.
- Hacia los 18 años ha asimilado ya todos los saberes de su tiempo en materia de teología, literatura, geometría, matemáticas, física y filosofía.
- Logra curar al sultán samánida de Bujara, Nuh Ibn Mansur, de una enfermedad contra la que habían fracasado los demás médicos. Agradecido, el príncipe le abre su biblioteca.
- En Bujara escribe sus primeras obras, en particular *La suma y el producto* y *El Bien y el Mal*.
- En el año 1001 (392 de la Hégira), se traslada a Gorgandsh, capital del Juezm. El emir de Gorgandsh, Alí Ibn Maamun, había reunido en su entorno a una pléyade de ilustres sabios, entre ellos el célebre al-Biruni, Abu Nasr el Arrak, Abu Sahil el cristiano y Abul Jeir el Jamar.
- Avicena tiene que marcharse pronto de Gorgandsh, cuando el sultán de Ghazna exige que sean trasladados a su corte todos los hombres de ciencia reunidos en Gorgandsh. El príncipe Maamun tiene que someterse al deseo de su poderoso vecino. Avicena, acompañado por Abu Sahl el cristiano, que muere en el camino, huye hacia Gorgan, al sureste del mar Caspio.
- En Gorgan traba conocimiento con quien va a ser durante 25 años, hasta la muerte del maestro, su más fiel discípulo y que será además su biógrafo, Abu Ubaid Allah Yuzyani.
- Durante dos años Avicena se dedica a leer y a escribir. Termina *Al Mabdaa Wal-Moad* (El principio y lo repetido) e inicia una de sus obras capitales, el Canon de la medicina.
- Abandona Gorgan y marcha a la ciudad de Rayy, al suroeste de Teherán, hoy en ruinas pero capital entonces del príncipe Magdodawlah, al que cura de una enfermedad.
- En 1014 (405) se marcha de Rayy y se establece cerca de Hamadán.
- Avicena, ya famoso, cuida al príncipe Shamsodawlah, enfermo. El emir le nombra visir.
- Cae en desgracia tras un motín dirigido contra él por los oficiales del ejército, pero recobra su puesto de gran visir y durante seis años lleva una vida más o menos estable que aprovecha para realizar un enorme trabajo.
- Inicia su obra maestra *Al Shifa* (El libro de la curación), verdadera enciclopedia de la filosofía. Se despierta antes del alba para redactar su obra al ritmo de casi 50 páginas diarias y recibe a sus discípulos al amanecer para transmitirles su saber.
- En 1021 (412) muere su protector, el príncipe Shamsodawlah. Su hijo se niega a reconocer a Avicena en sus funciones de gran visir. Furioso, éste se esconde en casa de un amigo previendo que tenga que huir del país. En este período concluye prácticamente *Al Shifa*, sin recurrir a referencias escritas sino poniendo a contribución su prodigiosa memoria.
- Una carta secreta dirigida al príncipe Alaodawlah de Ispahán, interceptada, descubre el lugar en el que se escondía Avicena, que es detenido inmediatamente y ahorrado en prisión junto con su fiel discípulo Yuzyani. Durante los cuatro meses que pasa en la cárcel escribe el relato simbólico *Hayy Ibn Yakzan* (El vivo hijo del despierto), *Al Hidaya* (La guiada) y los Remedios para la enfermedades cardíacas.
- Tras una guerra entre los príncipes Samaodawlah y Alaodawlah, en que éste sale victorioso, Avicena es puesto en libertad, pero ha de vivir en Hamadán.
- En 1023 (415) huye a Ispahán, acompañado por Yuzyani.
- En Ispahán, última etapa de la tumultuosa odisea de Avicena, el filósofo pasa los últimos catorce años de su vida bajo la protección del príncipe Alaodawlah.
- Se ocupa de astronomía y, según la leyenda, escribe a petición del príncipe *El libro de ciencia*. Añade a *Al Shifa* un capítulo sobre la música y redacta una obra titulada *La lengia de los árabes*.
- Muere el primer viernes del Ramadán del año 428 de la Hégira, agosto de 1037, a los 57 años.

NOTA: Esta selección de artículos sobre Avicena ha sido extraída de «El Correo de la Unesco», año XXXIII, octubre de 1980.